



RELOJ DE SOBREMESA EN FORMA DE FLORERO.

Una novedad muy en voga son en París las péndolas de sobremesa que representan un grande rosal, cuya muestra la constituye una rosa que doble. La manilla viene á ser la trompa de la mariposa posada en el corazón de la flor; las horas quedan indicadas con cifras romanas y los puntos de las medias horas son gotas de rocío. No se puede ver cosa mas linda y de mayor efecto, así es que estos floreros-relojes han encontrado extraordinaria aceptación, sobre todo entre las damas ¿acaso justamente por esa picarilla de mariposa?...

### LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuacion.)

La mujer del sacristan miraba alternativamente á su hijo y á su suegra.

—Valentin, me vas á hacer llorar,

—A los muertos se les reza y se les flora.

—¿Quién ha muerto que necesite nuestras oraciones y nuestras lágrimas?

—En el mundo todos los dias nacen, y todos los dias mueren.

La mujer de Valentin ahogó un suspiro, y no pudo contener dos lágrimas rebeldes.

—Estais llorando los dos, dijo la madre.

Ambos trataron de ocultar inútilmente que lloraban.

El sacristan habia salido á tocar la última oracion de la noche, porque acababan de sonar las nueve en el reloj de la torre, y el niño se habia dormido sobre las rodillas de su padre.

—¡Llorar! dijo Valentin. Despues de haber llorado mucho, se siente un consuelo infinito. ¿Qué no perdonará Dios al que ha dejado en el mundo quien le lloré todos los dias!

—¿De quién te acuerdas, Valentin? le preguntó su mujer con un interés lleno de angustia.

—Me acuerdo en este momento, dijo el organista, besando la mejilla de su hijo... me acuerdo... de Juan Perez.

El huso con que hilaba la sacristana se escapó de entre sus dedos.

—¡Ab! murmuró la jóven, ¡por qué te acuerdas de él!

—¿Qué sé yo!... No sé ni quien lo nombra cerca de mí con la voz de su alma, que lo siento en mi corazón, y lo recuerdo á cada instante. La mujer de Valentín bajó la cabeza, y casi cerró los ojos.

—Rézale, hijo mío, dijo su madre. Cuando los muertos nos persiguen con su memoria, es porque necesitan oraciones.

En aquel momento subió el viento con tal furia, que la llama del hogar se recogió hasta apagarse y se inflamó repentinamente hasta tamer los bordes de la campana de la chimenea.

Reinaba en aquel recinto un silencio profundo, y entre el mugir del viento que se rascaba impetuoso en los ángulos de la torre, entre el hervir de la lluvia que azotaba las tejas desnudas de la casa, y entre el gemir de los sarmientos que se retorcián, como los nervios de un epiléptico, al contacto de la llama, se oía en los intervalos que dejaban estos ruidos confundidos la voz lenta y tenaz, sorda y seca de Valentín, y el silbido apagado de su respiración pausada y difícil.

De repente brilló dentro de la casa, con la misma intensidad que en el seno de la nube, un relámpago: todos cerraron los ojos; se sintieron envueltos en una bocanada de viento y agua, y temblaron sin respirar bajo el peso de un trueno sin ejemplo.

Cuando volvieron de su espanto, se encontraron con la figura del licenciado, que se destacaba en el fondo oscuro de la puerta como una aparición.

—Con licencia, dijo el soldado, sacudiendo su gorra empapada de agua, y dando dos pasos hacia el hogar.

Nadie le contestó; estaban fijos en él todos los ojos, con una expresión de terror indescribible.

—No hay que asustarse, dijo Juan Perez con una voz parecida al redoble de un tambor. Solo quisiera secar un poco este capote, que me pesa como un pecado mortal, mientras pasa esta legión de demonios para seguir mi camino. Aun me quedan setenta leguas de marcha.

La mujer del sacristán acercó una silla de morera con asiento de esparto, y Juan Perez se sentó, tendiendo á la vez su capote delante de la llama.

La jóven se comprimía desesperadamente por sujetar los estremecimientos de una convulsión que sentía correr por todos sus miembros. Valentín, inmóvil, frío, pálido como la cera, fijos sus ojos en el soldado, casi no respiraba, y la mujer del sacristán ayudando á Juan Perez á sostener el capote delante de la llama, le perdonaba de buena fe el susto que les acababa de dar.

La sacristana, indiferente á lo que pasaba á su alrededor, medio rezaba, medio dormía.

Juan Perez comprendió todos los pormenores del cuadro que le rodeaba, había reconocido al primer golpe de vista todas las fisonomías que tenía delante, y sin embargo parecía que á él no le habían conocido. Y era posible, y era fácil. Su rostro tostado y varoncil, su bigote castaño y retorcido, su voz áspera, su manera de hablar, su ademán y su traje no podían descubrir á aquel Juan Perez de diez y ocho años, tan humilde, tan cariñoso, con sus mejillas rosadas y sus labios sin bozo. Solamente una mujer que lo hubiera amado con todo su corazón, lo hubiera reconocido; porque Juan Perez conservaba sus hermosos ojos negros, y su mirada era la misma; ardiente y dulce, atrevida y humilde; y porque en los ojos de un hombre, solo saben leer una mujer enamorada y una madre.

Juan Perez ahogó su pena, tomó su resolución, y exclamó poniendo una mano sobre la cabeza del niño que Valentín tenía entre sus rodillas:

—¡Hermosa criatura!

—Es nuestro hijo, balbuceó Valentín.

—Tiene dos años, dijo la sacristana.

—¡Dos años! murmuró el soldado fijando en la mujer de Valentín una mirada que la hizo desfallecer.

—¡Dos años! repitió la pobre muchacha.

El capote estaba medio seco, pero Juan Perez se lo echó encima, y se puso de pié, diciendo:

—La tempestad ha pasado, y voy á continuar mi camino.

—Sin descansar! dijo la mujer del sacristán con admiración.

—Cuando se coge la licencia absoluta, se corre, se vuela sin descansar, hasta que se abraza al hermano, á la hermana, á la madre, á la novia. Entonces se descansa.

La fisonomía de Valentín se había ido serenando y no notaba que en la cara de su mujer estaban pintadas todas las angustias.

—Voy á darle un abrazo á mi madre; tengo que andar todavía setenta leguas.

El sacristán, que volvía de la torre, entró en aquel momento.

—Mateo, dijo su mujer, aquí tienes un militar que va de paso y que no quiere aceptar ni nuestra cena, ni nuestra cama.

—Hace mal. La noche es de todas las demonios y yo no puedo permitir semejante cosa, dijo el sacristán, mirando de arriba abajo al soldado sin conocerle.

—No tengo na la que hacer aquí, dijo el licenciado secamente, y mi madre me espera.

—Pero á lo menos echa un trago, insistió el sacristán; no vendrá mal á estas horas para seguir el camino.

—¡Amén, dijo Juan Perez.

—¡Muchacha, arrima aquí un jarro del tinto de cuatro años de la viña del señor cura.

La mujer de Valentín se levantó, dejando admirar por un momento un cuerpo graciosísimo encerrado en un corpiño de pana verde, unas contornas suavicinas á pesar de su saya de lana, un pie ligero y pequeño, y media pierna capaz de hacer olvidar la consigna al soldado mas lista.

Juan Perez reanunció en una mirada el conjunto de todos estos encantos, y volvió la cabeza á su pesar.

—¡A la salud de tu madre, buen soldado! dijo el sacristán empujando un vaso.

—Así sea, dijo Juan Perez llevándose el vaso á los labios y sin probar el vino.

—¡Ahora, dijo Mateo, quédate ó márchate.

—¡A la paz de Dios! dijo Juan Perez.

La mujer de Valentín había salido á la puerta de la calle en busca de aire que respirar; sentía el corazón oprimido y ella sabía por qué.

Juan Perez llegó á la puerta y se encontró con ella.

La muchacha se asió al brazo del soldado y exclamó silfozando:

—¡Perdóneme!

—¿Dónde está enterrada mi madre? replicó Juan Perez.

—En el cementerio, debajo de un rosál plantado por mi mano.

—Bien.

—¿Me perdona? insistió llorando.

—Tengo que abrazar á mi madre.

Valentín, con su hijo en brazos, de pié, estaba observando esta escena.

—Ha rezado por ti todos los días.

—Bien hecho.

—¿Te vas para siempre?

—Para siempre.

—¡Adios! dijo la pobre muchacha anegada en lágrimas.

—¡Adios! murmuró Juan Perez temblando: adios, mundo.

La mujer del organista solamente había reconocido á Juan Perez, porque aquella pobre muchacha era Cecilia.

Después que lo vió perderse en lo último de la calle, se enjugó los ojos y entró en la casa.

Valentín puso entonces en sus brazos el niño dormido y salió á una especie de jardínillo que se ocultaba detrás de la casa. Allí se apoyó contra la pared, tosó ásperamente y arrojó una bocanada de sangre. Después se incorporó, y levantando los ojos al cielo, exclamó.

—¡Era él!

## IV.

## EL CEMENTERIO.

El cementerio de la aldea estaba como á un tiro de fusil de las últimas casas, en una hondonada que formaba el valle. Una tapia de siete pies de altura le circula, formando un cuadro perfecto. La punta era un enrejado de madera sin pintar semejante al rastrollo de una cárcel. Por la parte interior apenas se conocía que aquel era el asilo de los muertos; solo una cruz negra y alta levantada en medio entre cuatro cipreses, daba á aquel recinto un aspecto lúgubre. No había sepulcros; la tierra levantada á intervalos, formando surcos irregulares, indicaba el sitio de las sepulturas.

Asomaba el sol limpio como un espejo de oro. Sobre una de aquellas sepulturas se levantaba un rosál tan frondoso, que casi la cubría toda. Las gotas de agua que la lluvia había depositado sobre las hojas del rosál se destilaban una á una, trazando alrededor de la sepultura un círculo de lágrimas.

El soldado estaba allí de rodillas con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos cruzados; había llorado toda la noche y se sentía sereno, porque las lágrimas son el único consuelo de los corazones afligidos.

Durante toda la noche había rezado y estaba resignado, porque la oración lleva hasta las puertas del cielo, y allí encuentra el alma siempre la esperanza ó la resignación.

Y su dolor había sido grande y profundo, porque en los misterios del corazón humano nunca es mas hermosa una esperanza que en el momento en que se va á perder para siempre.

Y Juan Perez había sonreído lleno de esperanza á todos los encan-

tos de una felicidad, que para mayor tormento había comprendido entonces en todas sus porciones, en toda su extensión.

Y nunca le había parecido Cecilia tan hermosa, porque el amor se complace en hacer mas seductora á nuestra ojos á la mujer que amamos, cuando no nos pertenece.

Y aquel niño tan hermoso que dormía en los brazos de Valentin, había derramado en el corazón de Juan Pérez todo lo que los celos tienen de mas cruel y de mas doloroso.

Y no es inverosímil que el soldado, en cuyo corazón parecía haberse perdido la memoria de Cecilia, sintiera tan profundamente el dolor de haberla perdido, porque el corazón humano es un abismo en cuyo fondo se duermen las memorias mas dulces, y se despiertan todas juntas en el momento en que la realidad nos alumbrá para hacer mas amargo el pesar de una ingratitud ó el tormento de un desengaño.

El amor había dormido en el alma del soldado durante los siete años de su ausencia; allí oculto había conservado toda su virginidad y toda su fuerza; y aquel reposo de siete años, aquel paréntesis abierto en la vida de un cariño tierno y verdadero, le daba ahora un poder irresistible.

(Continuará.)  
José DE SELGAS.

## NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Es necesario convenir en que todos hacemos en el mundo un immoderado abuso de los refranes que desde nuestros primeros años se graban en nuestra memoria. Y esto consiste en que el hombre es naturalmente inclinado á todo pesimismo, á todo lo que de un modo laconico ofrece el interés de un precepto moral; suministrando á veces armas para la polémica, que suelen tener las apariencias, aunque no el fondo, de la lógica, fundándose en la general aceptación que han merecido, como si fuera matemáticamente cierto todo lo que se apoya en el común sentir de los hombres. Yo coloco sin inconveniente ni reserva los refranes en la seccion mas falsa de este arsenal de armas de mala ley, por cuanto suelen ocultar el golpe que viene de rechazo al que las maneja, del mismo modo que cada veneno tiene su contraveneno, que suele ser un veneno tambien.

El refran que sirve de epigrafe á este artículo es un consuelo muchas veces, pero nada mas que un triste consuelo, tan fugaz como esas ilusiones ópticas que desaparecen al mas ligero cambio de los objetos que la luz refleja y refracta. Contra la máxima que dicho refran encierra, tenemos estotra, ménos consoladora, pero mas verdadera: «Bien vengas mal si no vienes solo.» Y voy á demostrar una proposición para que no se crea que trato de imponer á mis lectores por capricho lo que ellos aceptarían voluntariamente como aceptan todas las verdades elevadas al rango de los axiomas.

Es un mal por ejemplo el que le saquen á uno una muela y no tenga noticia de que de este mal haya resultado jamás algún bien. Lo mismo que digo de este mal puede decirse de todos los males físicos ó morales que el hombre experimenta en este valle de lágrimas, sacando de todos la misma consecuencia fundada en la observación, á saber, que ningún tuerto por el hecho de perder un brazo ha recobrado el ojo que le faltaba, ningún rico ha duplicado su hacienda por perder la que tenia. El caso que la sociedad mineralizada en que vivimos puede presentar mas favorable al citado proverbio es aquel en que un jóveno hereda una gran fortuna por la muerte de sus padres, pero el bien á tanta costa adquirido será siempre considerado por mí como un verdadero mal.

Lo que debiera decirse es que no hay absolutos males ni absolutos bienes en el mundo, puesto que lo que para los unos es malo, para los otros es bueno, y vice-versa, sobre lo cual podríamos citar numerosos ejemplos diariamente si no mas que asistir á las operaciones de la bolsa, donde las noticias que llegan del Oriente hacen subir los fondos perjudicando á los que estan por la baja, ó bajar fastidiando á los que juegan al alza, en cuyas peripecias nunca se verifica que unolore en que otro bañe, ó que uno baile sin que otrolore; y como la bolsa es la miniatura de la sociedad, no creo necesario insistir en este punto para probar que el refran en cuestion está mal formulado, pues lo que debería decir es que no hay bien ni mal para una persona que no redunde en daño ó beneficio de otra.

Paso á demostrar ahora que tenia razon el que dijo: «Bien vengas mal si vienes solo.» Pero, por ventura ¿acabará demostracion esta verdad que puede incluirse en el número de las proposiciones que los lógicos llaman evidentes? Para los que han estudiado las ciencias exactas no hay nada que no exija demostracion en el mundo. ¿Puede darse una verdad mas palpable que la de que la suma es el conjunto de las sumandos? Sin embargo, no hay matemático que la acepte sino

después de probar que la suma es la reunion de las unidades, de las decenas, de las centenas, etc., ó lo que es lo mismo, que el todo es igual al conjunto de las partes; y aunque esta desconfianza de los que se dedican á las ciencias exactas peca de exagerada, vale mas seguramente á los ojos de la inteligencia examinar las verdades antes de sancionárselas, que recibir á cerra ojos todos los disparates que de día en día descarga el humero charlatanismo, tales como las paradojas del doctor Gall sobre la manifestacion esterna en el cerebro de las facultades morales, intelectuales y animales; las de Lavater que explica por la fisonomía lo que Gall por el cráneo y, sobre todo, las teorías de Mesmer que han engendrado las modernas extravagancias sobre las mesas dancantes, espíritus golpeantes y otras cosas cuyo número se eleva á la potencia del ridículo en que caen los que tales sandeces propagan.

La verdad encerrada en el refran: Bien vengas mal si vienes solo, se demuestra *a priori* y *a posteriori*. Emplearemos los dos métodos á la vez.

Cualquiera que haya querido observar las caprichosas evoluciones del destino habrá visto que el bien y el mal entran en el seno de las familias, digámoslo así, por entregas. Desde el momento en que un hombre es afortunado en una empresa puede estar seguro de no dar un paso sin resultados favorables, y esto, lejos de extrañarme, tiene para mí la explicacion mas clara y natural. En efecto, figurémosnos que un hombre se consagra á cualquier ramo del comercio: si este hombre entra en la via de las prosperidades, su crédito lejos de disminuir aumenta de día en día: los que habían de asociarle como acreedores, le solicitan como deudores, y no hay sacrificio que no estén dispuestos á hacer en su favor para tenerle propicio; los que antes no le hubieran prestado dinero sin llevarle un quince ó veinte por ciento, se lo prestan luego á un interés módico y sin mas garantia que su firma ó su palabra; en una palabra, los que al verle caido le hubieran dado por el pie, al verle levantado contribuyen con todas sus fuerzas á su mayor honra y provecho. Todo lo contrario se observa en el desgraciado á quien persigue la negra fortuna, y esto tiene la misma explicacion ó, si Vds. quieren, la explicacion inversa. El mismo comerciante para quien un suceso venturoso no es mas que el primer término de una serie de prosperidades, debe temer mucho dar un tropiezo, porque ese mal paso será para él el primer término de una serie de tropiezos que no concluirán hasta que se haya roto las narices. El labrador que tiene la desgracia de perder una mola y no puede reemplazarla, pierde desde luego lo que le costó la mola: este mal produce inmediatamente otro, cual es el de abandonar la labor de sus tierras; no pudiendo labrar las tierras coge naturalmente menos grano del que esperaba, y á la fatalidad de no coger bastante grano para comer, vender y sembrar, se sigue el de tener que vender á menor precio las tierras dando al traste con toda su labranza.

No hace muchos años que en el principado de Cataluña ocurrió la sangrienta historia que voy á referir, como prueba de que al mal ejercen una funesta fuerza de atraccion tal, que cuando se presenta en una casa debe considerársele como preludio de mayores calamidades. Es el caso que un pobre labrador tenia dos hijos, uno en mancillas y otro de unos diez ó doce años de edad. Este último solia llevar todos los dias la comida para su padre al lugar en que éste cultivaba la tierra, siendo tan puntual en su comision, que nunca se habia detenido un cuarto de hora mas de lo acostumbrado. Un dia por desgracia el pobre muchacho se detuvo á la salida del pueblo á jugar un rato con sus amigos, motivo por el cual tardó demasiado en llegar adonde su padre le esperaba. Este sin ánimo de causar grave mal á su hijo le tiró á cierta distancia una piedra del tamaño de una avellana, que conforme podía no haberlo tocado, fué á darle casualmente en una sien, dejándole muerto en el acto.

Esbada la triste noticia en el pueblo, corrió la madre llorando al sitio de la catástrofe, y mientras la pobre mujer iba á derramar las lágrimas del dolor sobre el hijo á quien ya no podia tributar otro consuelo, sañaron los cerdos del corral, y se comieron al niño que había dejado solo en la cuna. Como Vds. ven, la muerte inesperada del muchacho, causada innocentemente por el padre, produjo la del niño ocasionada por el natural aturdimiento de la madre; pero no concluyó aqui la tragedia. Cuando la desventurada madre volvió á casa, y supo lo ocurrido, cayó muerta repentinamente, y al saber el pobre labrador las nuevas desgracias de su casa, perdió el juicio, cediendo á esa muerte anticipada que lleva el nombre de locura. Ahora bien: si el desventurado padre, á quien tan duramente trató la fatalidad, no hubiera tenido la mala suerte de matar á su hijo mayor, no habria tenido la desdicha de perder al mas pequeño; sin la muerte de sus hijos, tampoco hubiera perdido á su mujer, y sin estas calamidades reunidas no hubiera ido á parar á un hospital de locos que es el cementerio de los que solo conocen ya la vida por las impresiones del dolor.

Á este ejemplo mas que suficiente para probar que puede realmente darse el bien venido el mal cuando viene solo, añadiré por úl-

tuvo otro menos triste, aunque no menos digno de referirse por su extraña originalidad. Se trata de unos cuantos muchachos que estaban a pupilo en casa de un domine de mi pueblo, mil veces mas miserable y cruel que el padre Cabra, tan acertadamente descrito por el célebre Quevedo. Estos muchachos habian llegado á experimentar de tal manera los rigores del sueño y del hambre, que cuando volvieron á sus casas habian perdido la facultad de comer y dormir, siendo cada uno de estos males consecuencia inmediata del otro. Sentábase los pobres chicos á la mesa con un hambre que no veían, pero como tenían tanto sueño, se quedaban dormidos antes de llevar la cuchara á la boca, y esto sucedía siempre á las horas de comer. Llegaba la hora de acostarse, y allí tenía lugar la reciproca, se metían los pobrecitos en la cama deseando dar al cuerpo el descanso necesario, pero sentían tal desfallecimiento en el estómago, que por mas que hacían no podían pegar los ojos. Así, se dijo con razon que los discípulos de mi paisano el domine, cuando volvían á sus casas, no podían dormir de hambre, ni comer de sueño, cosa que en otro sentido observamos comunmente en la sociedad.

Hay literatos, pintores y sabios en el mundo que serian ricos si digieran á luz sus obras, pintasen los cuadros que han imaginado ó pudiesen en práctica alguna teoria que han concebido, y estos sujetos podrian con fundamento decir: un mal engendra otro; si nosotros realizásemos nuestros proyectos, tendríamos dinero, y si tuviesemos dinero realizáramos nuestros proyectos; no trabajamos porque nos faltan los recursos, y nos faltan los recursos porque no trabajamos. Esto es lo que llamamos el círculo vicioso; la cuestion de si la gallina existió antes que el huevo ó al huevo antes que la gallina. Pero para mí, tratándose de los males que afligen á ciertos hombres no hay cuestion: el segundo de sus males ha de ser consecuencia inevitable del primero y el primero se agrava con el incremento del segundo, de modo que todos los desgraciados se parecen en mi concepto á aquellos infelices muchachos de quienes se decía con razon que ni el sueño los dejaba comer, ni el hambre les dejaba dormir.

J. M. VILLERGAS.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

—Vengan ahora los enemigos, exclamó Renschild, y los recibiremos.  
—Ya han venido, dijo Carlos XII.  
—Han venido!  
—Han descendido á la Livonia.  
—Corranos, exclamaron todos precipitándose á las puertas como si se hubiera tratado de ir inmediatamente á pelear á la calle; corranos!  
—Amigos míos, les dijo Carlos conteniéndoles con trabajo, compartid vuestra impaciencia; pero hay que tomar algunas medidas para asegurar el suceso. Antes de aceptar vuestros servicios debo exigir un juramento.

- Hablad, señor.
- Un juramento grave, solemne, irrevocable.
- Os escuchamos.
- ¿Le prestareis?
- Sí, cualquiera que sea.
- Mostrad quien lo quebrante.
- Muera.
- Estais decididos?
- Ló estamos.

Carlos XII dijo entonces.

—La campaña que vamos á emprender será quizá muy ruda, estremadamente larga. Para luchar con tres ejércitos es preciso tener tres veces mas valor, tres veces mas habilidad y tres veces mas disciplina que ellos. Esta rara y firme superioridad no puede encontrarse en cuerpos débiles, en almas acostumbradas á la molición. Seamos de hierro contra esas tres armadas, rompámoslas cayendo sobre ellas, rompábase caiendo sobre nosotros. Señores, sabéis por experiencia las desgracias, las debilidades, las faltas á que conduce el abuso del vino.

—Sí, señor.  
—Sí, sí, respondieron todos aquellos jóvenes que en aquel momento lo experimentaban.  
Olof solo, aunque no menos ebrio que sus camaradas, sintió incomodado su estómago al oír maldecir el vino; se calumniaba á su amigo en su presencia.

—Y bien, jurad todos conmigo no beber.  
—Lo juramos.  
—No beber qué? preguntó Olof, á pesar de su profunda embriaguez; no beber ginebra, aguardiente ó champaña? Es preciso explicar.

El rey le sacó de dudas añadiendo.

—No beber mas que agua.

El juramento de todos abogó el comentario quejoso de Olof que tuvo que decir con los otros. Lo juró.

—Vais á jurar además, añadió el rey, no jugar mientras dure la guerra que vamos á emprender.

—No jugar á qué?... Preguntó á su vez Megret espantado de que pudiera ocurrirse á un hombre en su cabal juicio prohibir el juego.

—Ahora te toca á tí, francés, amable francés, francés demasiado amable, te dijo Olof por lo bajo.

—Jurais, dijo el rey, no jugar como habeis jurado no beber sino agua?

—Lo juramos.

—Ahí tengo que obtener un tercer juramento.

Los cortesanos, aunque dispuestos por su situacion á prestar juramentos hasta el día siguiente, manifestaron sin embargo alguna sorpresa al oír que el rey les exigía un nuevo juramento. El rey habló, pero esta vez las palabras cayeron tristes y débiles de sus labios temblorosos, sus ojos destellaron un fuego sombrío, y se conocía que al hablar quebraba algo dentro de sí.

—De todas las faltas del corazón, dijo, mirando alrededor como buscando un culpable, porque sino se acordaba claramente de la visita de Georgina, la impresion de esta visita le duraba, de todas las faltas del corazón, la mas fecunda en bajezas, en traiciones, en crímenes es el amor.

Carlos XII se detuvo para poner, por decirlo así, el dedo de su dnda en cada frente, olvidando sola la de Reginold que llevaba por decirlo así su condenacion escrita.

—Sí, prosiguió: el amor hace que todo se olvide, que todo se desconozca, que todo se pierda. Hace olvidar la dignidad del cetro, y pierde los estados. Rebaja al soldado y envidza al hombre haciéndole capaz de vender á su patria, á su rey, á su amigo, por la mirada de una mujer.

—Señor! exclamó Reginold espantado.

—Callate Reginold, dijo el rey; tú no conoces aun esos crímenes; tú, cuyo corazón solo se ha abierto á la amistad. Y añadió con la energia de un sereno conmovido y feroz á la vez. Yo no quiero el amor en mi campo, en mi acompañamiento, conmigo, bajo mis tiendas. Jordane, pues, y este es el último juramento que esperó de vosotros, que compareis con todas las pasiones de amor con todas las locuras y todas las intrigas que podéis tener en Stokolmo. Aun es tiempo de renunciar á seguirme si no podéis hacerlo á ese precio. Jurais?... Yo lo juro.

—Lo juramos! exclamaron con frenesí los nuevos jefes.

Reginold tambien juró para castigarse lo mas cruelmente posible de haber faltado á la amistad del rey, y de un rey que habia estado á punto de descubrir su traicion.

En el momento mismo en que este juramento se pronunciaba, se oyó una risa burlona que parecia caer de la bóveda de la sala, de la pared en que estaba colocado el espejo de Venecia.

Aprovechando el momento en que toda la asamblea, incluso el rey, buscaba con los ojos de donde podia venir aquella risa imprudente, Reginold se retiró murmurando. Voy á arrojarme á los pies de la condesa, para confesarla que no he podido apartar al rey de la idea de la guerra. ¿Quién podia prever la trasformacion de Carlos XII? El hombre ha dejado el puesto al héroe... nos ha asombrado arrastrado por una de esas fascinaciones imprevistas que destruyen todos los cálculos. Ella me escuchará... me comprenderá... me perdonará. Además, pues que he jurado al rey no amar daré á la condesa un eterno adiós... Corramos á su casa.

Megret, que se habia aprovechado igualmente para salir de la distraccion de todos, decía por su parte.—El barayo de la bella, de la bella Georgina, lo he concertado con él—debe abrirme á las cinco de la mañana, la puerta secreta del palacio de la condesa de Königsmarek para ponerme en posesion del tesorero que me hará el mas feliz de los hombres. Son las cinco... Vamos!

## CAPITULO IV.

EL PARAISO TERRESTRE.

Reginold dirija sus pasos á casa de la condesa Aurora, maldiciendo la súbita determinacion del rey, y aplaudiéndole en el fondo de su corazón por haberla tomado, sintiendo que la perdía todo al perder á la condesa, pero comprendiendo tambien que su titulo de amigo del rey le ordenaba el sacrificio de su pasion; como todos los amantes crein en la sinceridad de su resolucion, se frontaba la tormenta con las velas hinchadas por el viento de su vanidad, ya veremos si en heroismo le condujo á buen puerto.

Rumiaba las palabras mas elocuentes y las reflexiones mas graves

preparándose á decir á la condesa de Koenigsmark, cuánto sentia no haber podido impedir al rey que dejase á Stokolmo para ir á hacer la guerra, cuando tropezó en la oscuridad á poca distancia de la puerta de la condesa con un hombre de capa negra y sombrero calado hasta los ojos. Tropezaron tan fuertemente el uno con el otro, que los puños de sus espadas estuvieron á punto de herirles. Después de haber retrocedido algunos pasos para desentranar, el caballero Megret dijo á Reginold con una estrañeza de que este participó.

—Pero, esto es un milagro!  
—Lo mismo digo, caballero.  
—Entonces, caballero, somos dos santos iguales, pues nos devolvemos milagro por milagro. Os he dejado hace un cuarto de hora en la mas gloriosa orgía que en mi vida he visto; del palacio del rey á aquí hay casi media legua, hace una niebla tan espesa que se puede escribir en ella un credo con la punta de una espada y ya os encuentro aquí!

—También estáis, caballero Megret.  
—Esperaba esa respuesta, pero yo tenia un motivo muy poderoso para andar tan apresuradamente ese camino.  
—Suponed en mí el mismo motivo y la misma agilidad.  
—La misma agilidad, sí, respondió Megret riendo, pero en cuanto al motivo... es imposible.

—Quiero decir, dijo Reginold, cuyos movimientos indicaban el deseo de terminar pronto la plática, que he podido tener un motivo para venir tan pronto como vos. Mi discrecion, cuyo sentido habeis interpretado mal, me obliga á dejáros pasar y á no deteneros mas... Adios.

—Gracias, señor Reginold, pero no paso. Yo soy quien está obligado á pedir os perdon de haberos detenido cuando ibais tan deprisa... os dejo, pues, el paso libre, dándoos las buenas noches y añadiendo.—Hasta mas ver.

—Gracias caballero, pero yo no pasaré.  
—No pasaréis?  
—No.  
—Sin embargo, vos marchabais...  
—Como vos.  
—Pero puede uno detenerse.  
—Yo me detengo.

—Ah muy bien, pero si no me equivoco, deteniéndonos ambos en un mismo punto, nos persuadiremos recíprocamente de que tendámos al mismo objeto.

—Eso parece verosímil, caballero, repuso Reginold, muy incomodado por verse detenido á la puerta de la condesa, cuando tenia prisa de entrar.

Es necesario decir aquí, que el palacio de la condesa Aurora de Koenigsmark y su dama Georgina, estaba entonces como lo están aun la mayor parte de las casas de Stokolmo, rodeada de rampas que le aislaban, disposicion singular á la cual esta capital debe una estension nada proporcionada á su poblacion. Desde el sitio en que se hallaban Reginold y Megret, veian á través de las ramas de los árboles un lado del palacio, pero aun no descubrian su fachada, aunque solo los separaba de ella una veintena de pasos.

—En ese caso, dijo Megret, iré á esperar un poco mas lejos á fin de no estorbaros.

—Es una cortesía que yo iba á tener con vos, respondió Reginold, queriendo á todo precio desembarazarse del caballero antes de introducirse en el palacio.

Como Megret tenia la misma intencion, replicó con vivacidad.  
—Os agradezco la cortesía, pero ha sido el primero en indicarla y me faltaría á mí mismo si cediera.

Megret dió algunos pasos muy contrariado á su vez por la opinion de Reginold, cuya presencia en aquel lugar comenzaba á parecerle poco natural.

Reginold le alcanzó al momento.  
—Ah! querido Reginold, me espiais?  
—Y vos, habeis adivinado mi intencion y queréis contrariarla sin motivo?

—Os juro que no quiero háceros sombra.  
—Y yo por mi parte os aseguro que no os espío.  
—Sin embargo...  
—En efecto...

Megret cogió entonces del brazo á Reginold, se dirigió con paso precipitado al palacio, y deteniéndose delante de la puerta, dijo.—Es muy fastidioso representar una comedia como esta, acabemos un juego que acabaría siempre por... acabar. Abreviemos el desenlace. Yo vengo aquí, y como es poco probable que vos vengaís...  
—Pero al contrario, caballero, aquí vengo.  
—De veras?  
—Por mi honor! no quiero ser menos franco.

Megret midió con una mirada escrutadora á Reginold, que le respondió con otra altiva y casi cólerica.

—Pues que así es, respondió el caballero, entremos los dos, la puerta es bastante grande.

—Los dos...  
—Por Cristol! no querreis que yo os vea entrar?  
—Pero perdonad, señor Megret, no os engañais?  
—En qué?  
—Este palacio es el de la condesa de Koenigsmark.  
—Delicioso! exclamó Megret riendo, á mi vez permitidme enseñaros, querido Reginold, pero siempre bajo secreto; que estamos en Stokolmo, capital de Suecia.

—Pensáis pues, señor, dijo Reginold, desconcertado por aquel tono burlon entrar en casa de la condesa?

El caballero, afectando la misma sorpresa, respondió.  
—Aparentemente, caballero, y creo que vuestra intencion no sea impedirlo? ¿Pero tendré á mi vez el derecho de preguntaros si pensáis entrar en casa de la condesa?

—Sí, caballero, respondió Reginold.  
—Vuestra respuesta me estrañaría si no llegase de Paris. Despues



de todo la dificultad no es nueva y el modo de salir de ella es conocido.

—Tengo una espada, exclamó Reginold.  
—Y yo otra, pero las dejaremos en la vaina si me queréis escuchar. Expliquémosnos fríamente el suceso que nos ha reunido, y que debe quedar secreto entre ambos. Cada uno sabe lo bastante segun creo para decaer saber más. ¿La condesa os ha dado una cita esta mañana?

—No, caballero.  
La voz de Reginold era incisiva.  
—Cómo no? pues entonces...  
—Entró en su casa cuando me place.  
—Pero esa es una maravillosa fortuna.  
—Caballero, esa es presion...  
—Veamos... la retiró jamás honestamente á la condesa?  
—Hay respuestas de ese género que solo se dan á Dios.  
—Por qué venir pues, aquí?

Megret se sentia confundido por estas respuestas que en cualquier caso en que su cerebro estuviese menos preocupado le hubieran parecido bien claras.

Reflexionaba con todas sus fuerzas cuando Reginold le dijo:  
 —Pero ¿y vos, cómo es la condesa?  
 Despedido Megret, respondió volviendo la frase de Reginold.  
 —Hay respuestas de ese género que no se hacen sino al diablo.  
 Enseguida creyendo haber sido descubierta por aquel hombre lanzado en la persecución del mismo objeto, añadió con tono más dulce:  
 —Sois jugador señor? sois jugador?  
 —Lo he sido, respondió Reginold, admirado de la vivecidad y astucia de esta pregunta.  
 —¿Quién lo ha sido?, sigue siéndolo; eso es indecible, así pues sois jugador desenfrenado?  
 —Desenfrenado no...  
 —Sí, como yo.  
 —Sea, pero qué relación!...  
 —Vuestra presencia aquí me lo prueba.  
 —Creéis...  
 —No jugáis conmigo á quien es más astuto, porque perderéis.  
 —Esta tan lejos de ser esa mi intención, que entro en esta casa...  
 —Perdonad, una palabra aun, dijo bruscamente Megret deteniéndole.  
 —¿Qué más tenéis que decir? dijo Reginold, dando tres golpes á la puerta.  
 Con aire misterioso pero de perfecta resolución, el caballero Megret dijo:  
 Consentís en que cada uno de nosotros la tenga un mes?  
 —Miserable!  
 —En ese caso espada en mano exclamó Megret cogiendo segunda vez el brazo de Reginold que había vuelto á llamar, porque nadie había respondido á sus tres primeros golpes.

(Continuará.)

## EL FUMADOR DE HAQUIC O HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

Los consumidores de haquic ó lacurri, muy numerosos en Constantinopla, le fuman por lo regular en pipas tan pequeñas como dedos; algunos le toman en píldoras, pues dicen que, bajo esa forma, ese narcótico obra con más energía sobre el sistema nervioso, determinando alucinaciones extrañas, y provocando al punto todos los esfuerzos á que puede arrastrar el ardor de las pasiones.

El consumidor de haquic es muy aficionado á la música y las flores; su casa está llena siempre de flores naturales ó artificiales, y de jantos con ruiséñores ó otros pajarillos vocingleros. Sus éxtasis se reducen casi siempre á lo mismo; este se ve en un tronco rodeado de una corte brillante; aquel se vuelve un ave de rapina; otro se siente dotado de un valor sobrenatural, y emprende toda clase de hazañas. Pero de todos modos, su fin es conocido; acaba por volverse tonto ó loco, y por consiguiente moralista. Entonces obtiene una posición social, todo el mundo se honra con llevarle á comer y aun á dormir en el vestibulo de su casa, y no hay tendero, por pobre que sea, que no se apresure á regalarle sandalias y albornoces.

Ahora bien, había en Constantina, reinando Dalybey, un famoso aficionado al haquic, que se llamaba Bakir-bu-Djalula, de oficio berchador de arreos de caballo. Su tienda, pegada al palacio augustin de los beyes, daba á la calle de los silleros, y era el punto de reunion de todos los amantes del narcótico. En su casa se juntaban algunos jóvenes, hijos de los principales de la corte, y muchas grandes señoras que comparecían á Mahoma, porque no había conocido las báquicas delicias que ellos disfrutaban.

Bakir-bu-Djalula tenía veinte años, una buena presencia, con rostro ovalado, hermosos ojos arquendos y de una languidez que daba á su mirada algo de vago y de estúpido. Sus bigotes castaños oscuro sobre un labio superior muy levantado, ahusaban una naturaleza ágilva. Sus manos y sus pies, al aire siempre, seguían la costumbre árabe, ofrecían un dibujo perfecto. Bu-Djalula pertenecía á la aristocracia del oficio, bordaba sobre tafete. Pero lo que más realzaba la distinción de su persona, era lo bien afinado que iba constantemente; su traje era del mejor gusto; componiase de un caizón ancho de color de lila, con una chaquetilla y dos chalecos verde manzana de tafetan de Túniz, y sobre este un largo hak ó djerid de seda blanca con rayas del mismo color, cuya punta adornaba grandiosamente su rostro, colgada bajo su turbante de muselina blanca bordada de seda cruda. Al verte en su tienda tan bien vestido parecía hijo de un bey ó de un bajá.

En cuanto al carácter, Bu-Djalula no se parecía á nadie. Aunque estaba orgulloso de su oficio, aunque era vanitoso y hacía muchas lisonjas con reserva, una vez puesto al mal, se entregaba á una exis-

tencia esotérica. Los obreros musulmanes un poco acomodados tienen generalmente una casa en la parte aseptada de la ciudad, y una tienda en el barrio del comercio. Su casa, á eso de las orlas, se volvía un lugar de diversion, donde se retiraban algunas jóvenes llamadas por su talento, por su habilidad en el canto ó por su destreza en la caza. Entonces Bu-Djalula se transformaba en poeta. Su sala adornada con alfombras y tapices de colores brillantes, estaba iluminada como la mezquita principal en la noche de la natividad del profeta; por todas partes se veían ramos de flores, un negro regalaba á los convidados con globos de flor de naranja, y la vida comenzaba. La pipa de kif (esta palabra quiere decir bienestar del alma y de los órganos sinónimo de haquic) pasaba de mano, y mientras cantaban los ruiséñores cada cual se entregaba á las delicias de la admiración sobre blandos almohadones; luego venían las risas, las fantarronadas, las expansiones amorosas... y por fin llegaba el silencio del sensualismo.

Dice un proverbio árabe, que tantas veces va el cántaro á la fuente que al cabo se rompe. La imaginación de Bu-Djalula se embolsó con tantos desórdenes hasta el extremo de que vino á quedarse medio mudo; no hablaba más que por mesitabas; sus dedos no tocaban ya los billos de oro y de plata con que abrazaba en el tafete sus arabescos fantásticos. La ciudad le parecía nauseabunda, y la churra de sus camaradas había perdido para él todos sus anteriores atractivos. Le gustaba pasearse solo sobre el llano de Merid (al noroeste de Constantina) ó sentarse en una de esas praderas que dominan como nidos de agujas el precipicio del Rumel; allí pasaba horas para renacer á la vida, contemplando la verde yerba y el esplendor del sol para olvidar sus alucinaciones.

Si á veces permanecía aun algunas horas en su casa, era únicamente para deleitarse en el canto de un bonito ruiséñor que había cogido el año anterior en una de esas cazas que tanto les gustan á los fumadores de haquic. Este ruiséñor había adquirido mucha notoriedad entre los aficionados al narcótico por la suavidad de su voz. Bu-Djalula había mandado hacer para él una jaula toda de ébano y marfil, entre cuyas rejillas chispeaban pequeños prismas de cristal. Tanto le había llegado á querer, que le consideraba como un djinn transformado, en cuya conservación estribaba su felicidad.

¡Dios sabe si el pobre Bu-Djalula no principiaba ya á perder el juicio!

Una mañana que seguía, envuelto en su albornoc, la calle de Ferrame Surme, que desemboca en el Kanara, llegó á distraerse un poco de sus negras ideas; subió lentamente la cuesta del Mansure (al Sur de Constantina), se sentó junto á un sembrado de trigo y se durmió. Tuvo un sueño ligerosete que recogía un grano de trigo, que este grano de trigo sembrado á la tierra, le producía el primer año sesenta espigas, que las sesenta espigas daban al año siguiente un sa'a (medida) que á su'a le daba al tercer año diez sa'es, y que al cabo de diez años poseía tanto trigo, que solo un rey tenía tesoros suficientes para comprarle toda la cosecha. La fresca de la tarde le despertó, y levantándose continuó su sueño mientras bajaba á la ciudad. Llevaba en la mano un grano de trigo, y metiéndoselo en la boca, dió libre curso á su imaginación.

—Cuando mi cosecha haya llegado á tomar tales proporciones, se decía, no sabré darme meterla; necesitaré graneros, y no sé quien me los alquilará... no sé, no sé... pero me parece que el bey no se negará á prestarme las paneras del Estado mediante una retribucion; si el bey necesita crearse recursos... y me felicito de poderle hacer eso favor.

Y diciendo esto llegó al café de los Turcos, calle de los Judios. El caid el-djibri (intendente de subsistencias) se hallaba sentado en aquel momento á la puerta del café, y viendo pasar á Bakir-bu-Djalula, le convidó á tomar una taza de café. Bu-Djalula respondió con una sonrisa, besó al caid en el hombro y se sentó, pero no habiéndose pasado muchos minutos cuando le preguntó si quería el bey alquilarle sus paneras para guardar el fruto de su cosecha. Tan seriamente propuso la cuestion, que el honrado funcionario no concibió la menor duda, y respondió que con muchísimo gusto se encargaría de comunicar su demanda al señor Dali-bey.

Después de esta conversacion se separaron. El caid corrió al punto al palacio, pues es de advertir que la cosecha de los dominios había sido muy mala el año precedente, que el bey se hallaba en grandes apuros, y que en el momento en que Bu-Djalula se entregaba á sus sueños de prosperidad, un triste acontecimiento había agravado hasta lo sumo la embarazosa posición del soberano. Bu-Rulad, caid de los Seguias, se había sublevado, y para ahogar en su cuna la insurreccion que se presentaba con síntomas alarmantes, Daly-bey había decidido marchar inmediatamente la cabeza de su ejército sobre al teatro de la rebelion.

Al oír la proposicion que le hacían, creyó la provincia salvada. En el mundo musulman los negocios se instan rápidamente. Temiendo que se le escapara la ocasion, Daly-Bey quiso disuadir al rico propietario; pensó asegurarle una buena posición en la corte, á imaginó ca-

sale con una de sus hijas... Al otro día un criado del palacio llamaba á la puerta de Bu-Djalula, que como se sostenía únicamente con pil-doras de haque, habia perdido, por decirlo así, el hábito de las emocio-nes. Oyó las palabras del criado, se levantó y se fué tranquila-mente hácia el palacio, lo mismo que si se tratara de la cosa mas ca-tural del mundo. Al verle entrar, los negros, los guardas y los criados se inclinaron respetuosamente; Bu-Djalula continuaba soñando...

Se abrió la puerta del medjess (salon del trono), y el bey, anciano de barba blanca, salió al encuentro de Bu-Djalula.

—Dios te guarde, hijo miol le dijo con acento afable. Hemos pasado la mañana esperándote.

Y le ofreció uno de los almohadones de brocado en que se apoyaba.

Bu-Djalula se instaló en el sofá de su alteza, con mucho asombro de los cadis, los cadis, los muphtis y los ebeikhs que llenaban el salon. Después de muchos cumplimientos, Daly-bey tocó á los asuntos de in-terés; pero le pareció poco digno principiar por el negocio de los gra-nos, y prefirió encadenar primeramente con lazos indisolubles al rico capitalista, con cuyo fin le propuso la mano de su hija segunda.

—Cuando sea mi yerno, se decía, tendré su fortuna entre mis ma-nos y podré salir en mis apuros.

Bu-Djalula se mostró muy sensible á los ofrecimientos del bey, y continuó su papel hasta el último extremo con una sangre fría imper-turbable.

Nada de desposorios; el bey queria una boda improvisada.

Inmediatamente los cadis redactaron el contrato de matrimonio; Bu-Djalula no tenia que pagar dote á su futura.

Se pasó un día; al siguiente estaban hechos los preparativos de la boda; se habian ordenado regocijos en las plazas públicas; en el bazar de Suk-el-Asr, bailes de negros; en la plaza de Sidi-Djellis, los tifi-rreros de Marruecos; en Rahbet el Djemal, los baqueros aicaua con sus serpientes, sus perros y sus cuchillos.

Sin embargo, todo el mundo admiraba la calma del novio; sus ojos lánguidos apenas daban la menor señal de contento. Se paseaba por toda la ciudad vestido de gala sonriendo á todos sus amigos. Cuando llegó la noche, los grandes del suakzen tuvieron la honra de asistir á las bodas de Bu-Djalula. Cada uno de ellos le besó las manos y quiso complacerle, pues agradarle á él era agradar al bey de Constantina. Por fin, á la mitad de la comida dos negras alzaron en silencio la colgadura de terciopelo, y se presentaron á la estremidad de la sala; Daly-bey se levantó, tomó á su yerno por la mano y le llevó al apo-sento de su hija.

Bu-Djalula se enlazó con la familia de su alteza por un nudo sa-grado.

Pero bien luego debía tratarse de ajustar cuentas; ¿cómo revelar la verdad al bey?... Dios es el dueño de los mundos; Dios salva á sus criaturas de todos los peligros.

Bu-Djalula creyó que á la otra mañana el bey le pediría cuenta de su fortuna; pero no sucedió así, pues Daly-bey se imaginó por su parte que, atropellando las cosas, iucitara á su yerno á ocultarle una parte de la verdad. Tuvo la excelente idea de arrancarle su secreto por medio de las mujeres, y en efecto dijo á su mujer:

(Continuará.)

## A LA UNION DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

ODA.

A MI AMIGO VICENTE BARRANTES.

..... No es ya la tierra  
ese planeta misero, en que ardieron  
la implacable ambicion, la eterna guerra.  
QUISTANA.

»Siempre la voz de Marte  
de polo á polo con pavor profundo  
bañada en sangre escuchará la tierra?  
¿Nunca habrá para el mundo  
mas plácido estandarte,  
ni otros acentos que esterminio y guerra?

»El pensamiento humano  
que á Dios eleva su gigante vuelo  
¿no quemará con su mirada ardiente  
las anchas alas del orgullo vano,  
cual rasga de la noche el negro velo  
el sol desde el oriente?

»¿Quién marcó esos linderos  
que dividen la tierra endurecida?  
La ambicion, génio torpe que la cuna  
meció del mundo, y ránkicos guerreros  
alzando en torno á la creacion dormida,  
en el humano seno  
implacable vertió letal veneno.

»Tiro, Menfis, Atenas,  
tú vetusta ciudad que el Tigris baña,  
Cartago, levantada sobre arenas,  
Numancia, honor de la abatida España,  
¿qué de vuestro esplendor habeis leg. do  
al dejar de existir generaciones  
perdidas entre el polvo del pasado?  
¿Qué son vuestros blasones,  
qué vuestras torres, qué vuestras murallas  
dó al compás del broquel, vuestras legiones  
culto dieron al Dios de las batallas?

»Hoy miran las naciones  
mudas de espanto vuestra muerta gloria,  
con sangre registrada  
en el severo libro de la historia;  
y en lágrimas se anubla la mirada,  
porque hórra quisiera el pensamiento  
los altos hechos que escribió la espada,  
dorado alcázar que deshace el viento  
cifras que á la razon no dicen nada,  
fantasmas de ambicion, glorias mezquinas  
que dejan al pasar solo ruinas!»

Así el bardo español, suelta y tendida  
la negra cabellera,  
dijo con voz sonora y conmovida,  
del Tajo en la ribera  
y del rio las ondas espumosas  
arrastraron su acento soberano  
á los muros que háten orgullosas  
al lanzarse bramando al Océano.

Entonces en la cumbre  
que el sol baña en su lumbrera,  
la cabeza de lauros coronada,  
se alzó el génio creador, que en la brillante  
cortina de los cielos azulada  
á la insensata humanidad eyrante  
su marcha desigual tiene trazada;  
y así con voz potente  
al bardo dijo, y su robusto acento  
por todo el continente  
llevó en sus alas el sonoro viento.

»Yo sobre la alta roca  
mi planta afirmo, cuando el ronco trueno  
al aquilon embravecido evoca  
de parda nube en el hinchado seno.  
Ruge la tempestad, y alza mi frente  
basta la nube oscura  
y mi mirada ardiente  
relámpagos fulgura,  
sobre la voz del huracan, mi acento  
robusto se levanta,  
y el mar, el fuego, el viento,  
vienen sumisos á besar mi planta;  
porque brilla en mi frente el pensamiento;  
y mi arpa solo su grandeza canta.

»El poético Oriente  
mi cuna fué. Desde su infancia el mundo  
mi poder adoró en esas lumbreras  
que pueblan el espacio transparente  
y al himno que me elevan las esferas,  
uniendo sus cantares  
cantó mi nombre y levantóme altares.

»Mas ¡ay! que impio y ciego  
en su soberbia vana  
quiso á mi altura remontarse luego  
y mi esencia robarme sobre humanas;

y alzóse audaz, y por mi rayo herido  
sintió deshecha su arrogancia loca,  
y de entonces confuso y dividido  
para elevarse mi poder evoca.  
Crucé luego á través de las edades  
y vi al génió del hombre  
alzar murallas, elevar ciudades.  
Vile á los piés de un ídolo sin nombre  
que sus fuerzas titánicas domaba,  
y en su oscuro camino,  
ciego á la humanidad estraviaba.

» ¡Y! siempre, siempre su triunfal carrera  
marcó el horror, y por do quier los ojos  
al fatuo brillo de candente hoguera.  
vieron á la ignorancia enaltecida  
recoger los despojos  
de esa lucha jigante y fratricida  
que en razas y naciones  
tiene á la madre tierra dividida.

»Entonces del poeta  
vibrar hice el laúd, y allá en las cumbres  
de Moncayo y Morben, y en las riberas  
del Támesis, del Sena y del Danubio,  
en trovs lastimeras  
loré el aplauso que en la tierra hallaban  
tronos, cetros, espadas y banderas.

»Hondísima amargura  
hinchó mi corazón; tendí mi vuelo  
á la celeste altura,  
y ondas de luz clarísima y ardiente  
alumbraron la mente  
de la confusa humanidad, y el hombre,  
la mengua sacudiendo  
que en siervo del error le convertía,  
al eter su mirada  
alzó en celeste resplandor bañada,  
y nevado Titan, entre sus brazos  
el éolio del horror hizo pedazos.

»Kant, Guttemberg, y Wat y Galileo  
broraron á este esfuerzo jiganteo  
destellos de mi esencia,  
atletas de la humana inteligencia,  
y se bañó la ciega muchedumbre  
en raudales de ciencia,  
en torrentes de luz y viva lumbre.

» ¡Oh! mas las tristes vallas  
rastros de sangre que la edad guerrera  
dejó al pasar, fortísimas murallas,  
donde atizó la destruccion su hóguers,  
cimientos de ese trono  
do llora la ignorancia su abandono,  
eternas vivirán, para que un día  
aprendán los mortales  
que es impio el poder, la gloria impia.

» ¡Nunca! ¡jamás! desde el Pirene helado  
al Ponto, al Tíbre, al seno desgarrado  
de Américas infeliz, llegó mi acento,  
y el trono del error ya derrocado  
el hombre solo adora al pensamiento,  
y el mundo que por él se regenera  
levanta para unir á las naciones  
de paz y amor santísima bandera! »

¡Oh patria, patria mia!  
dijo el bardo español, cuando su vuelo  
rauda tendiendo á la region vacía  
vió ramontarse la deidad al cielo.

¿Será que siempre á adormecer tiranos  
condenada estarás? ¡nunca tus ojos  
verán ese pendon que alzó la idea  
y que orgulloso por Europa ondea?

La antigua Mantua, el vacceo generoso  
juntos respondan al cantor hispano  
y al son del ronco bronce pavoroso  
dilatan por el suelo castellano  
de una en otra ribera  
himnos ardientes á la union ibera.

¡No mas, no mas! España se levanta  
grande una vez, borrad esos linderos  
donde torpe el error grabó su planta;  
y en tanto que en Oriente  
indomables falanges de guerreros  
caban á la ambicion su sepultura,  
sed ejemplo á los siglos venideros  
de paz, de union, de fraternal ventural

Cortés, Vasco de Gama  
un mismo continente  
clara cuna os prestó, la misma llama  
de sol hispano ardiente  
bañando en luz vuestra tostada frente  
en pos de gloria, de renombre y fama  
os lanzó por los mares de Occidente.

Cervantes, Camoëns, géniós rivales  
porque al nacer os separó la cuna  
en el aliento sobrehumano iguales  
como iguales tambien en la fortuna,  
un mismo monumento  
unirá vuestros nombres inmortales  
en la nueva región del pensamiento.

Brillante lazo los unió en la historia  
y juntos en el mundo de la gloria  
con el mismo laurel su frente ciñen,  
rayos de un mismo sol esplendoroso,  
que en el mismo color mágico tienen  
de la razon el horizonte hermoso.

El carro de la guerra  
con que hicieron un tiempo los tiranos  
sobre sus eges retemblar la tierra  
tornó enemigos los que son hermanos;  
mas hoy que encadenada  
por la humana razon gime Belona  
la pátria de Cortés regenerada  
para estrecharse con eternos lazos  
al pueblo portugués tiende sus brazos.

¡Oh! cuando, cuando el suspirado día  
lucirá de la union! Cuando quemadas  
las alas ¡ay! de la discordia impia  
de mar á mar en la comarca ibera  
solo habrá una nacion, una bandera!

JUAN ANTONIO VIEDMA.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Albenra.